

Cultura

De la esperanza, en la antigüedad griega... y hasta nuestros días Yolanda Zamora

La Esperanza, como sabemos, es una de las tres virtudes teologales. Junto con la Fe y el Amor conforma una unidad indisoluble, una especie de ideal cristiano del que se nutre el alma para alcanzar el Bien supremo.

Pero, ¿sabía usted que la esperanza, en el mundo mitológico griego, fue uno más de los males que se alojaban en la famosa “caja de Pandora”, para castigo del hombre que se atrevió a desafiar a los dioses?

Vale la pena recordar la leyenda que nos habla de un titán, Prometeo, amigo de los mortales, quien, en su amor por los hombres, se compadeció de ellos y de su menesterosidad. Conmovido, robó una chispa del fuego de los dioses, para llevársela a sus hermanos los hombres, enseñándoles además toda suerte de artes y ciencias para mejorar su vida.

Pero este hecho no fue del agrado de los dioses quienes, ante semejante osadía, decidieron castigar a Prometeo. Hefestos, el dios de la fragua, modeló en arcilla a una mujer, Pandora, a la que la diosa Atenea le infundió vida. Luego, los dioses la dotaron de encantos, le enseñaron el halago y el engaño, y la enviaron al mundo. La recibió el hermano de Prometeo, Epimeteo, “el tardo de pensamiento”, quien era bastante más ingenuo que Prometeo, y cayó en la trampa. Pandora llegó con la caja que contenía todos los males y enfermedades hasta entonces desconocidos para el hombre, y se la ofreció a Epimeteo, quien curioso, la abrió. Al hacerlo, se desparramaron por el mundo todos esos males que desde entonces nos aquejan.

Cuenta la leyenda que sólo quedó, en el fondo de aquella caja “la esperanza”.

Siempre me he preguntado qué tenía que hacer la esperanza entre los males del mundo. La respuesta generalizada suele ser que “los dioses griegos, compadecidos en el último momento, deslizaron la esperanza como consuelo para el hombre”.

Lamento decir que no estoy de acuerdo con esta interpretación, ya que, desde mi particular punto de vista,- no es del todo exacta. Sabemos por supuesto que estamos hablando de una leyenda, de un mito, y como tal, el mito expresa simbólicamente los profundos miedos y anhelos del ser humano. No deja de ser mitología. Sin embargo, nos permite hurgar, desde luego, en busca de lo que un mito nos dice, a la luz de nuestro momento.

En realidad, estudiando el contexto griego y valorando todo lo que los helenistas nos han compartido sobre la Grecia antigua, podemos intentar una lectura diferente y arriesgar esta afirmación: “La esperanza estaba ahí, efectivamente, en la caja de Pandora, pero no como una virtud salvadora, sino como un mal aún mayor que los otros males”. ¿Por qué, y cómo fundamentar esta interpretación?

Bueno, empecemos por recordar que, para los antiguos griegos, los dioses eran implacables. Cuando se trataba de castigar, castigaban. Más aún, sabemos que para el mundo griego el destino, la Moira era... ineludible. No había forma de oponerse a él, así que cualquiera que tuviera la “esperanza” de intentar cambiar el destino, estaba condenado a un doble sufrimiento, como le pasó a Edipo, rey de Tebas, y su ineluctable y trágico sino, narrado por Sófocles en su famosa tragedia “Edipo Rey”. Por más que intentó Edipo huir y cambiar

el terrible destino que se le había vaticinado a través del oráculo, no hubo manera de escapar de él, cumpliéndose fatalmente la predicción. Si en algún momento Edipo tuvo la esperanza de modificar su destino, dicha esperanza sólo le causó un dolor aún más profundo.

¿Qué papel podía jugar la esperanza en este contexto, sino el de frustración y dolor, ya que una vez escrito el destino nada podía cambiarlo?

Luego, la esperanza era un tormento para el hombre, por la inutilidad de su presencia, ya que lo único que producía era más dolor, retardando el momento de la aceptación del destino.

Hasta aquí el mundo griego. Afortunadamente, el concepto de esperanza se vio modificado radicalmente. La iglesia católica rescató la esperanza, fundamentándola precisamente en la libertad del hombre para decidir su destino. Porque el hombre es libre y elige aceptar el don de la Esperanza, ésta se convirtió en una de las tres virtudes teologales: “Fe, Esperanza y Caridad”.

Así, creer, amar y esperar... son acciones que nacen de la libertad del hombre, de su absoluto convencimiento, de su voluntad de aceptación, del “sí quiero y decido creer, sí quiero y decido amar, sí quiero y decido... esperar”. Resulta reconfortante optar por la esperanza decididamente, aún en las situaciones más difíciles, sobre todo si la decisión va de la mano de la acción congruente; porque al ser humano le toca construir con su decisión y su acción, el reino de la fe, del amor y de la esperanza. ¿Quién si no las manos del hombre habrían de construir el reino del amor y el perdón aquí en la tierra? ¿No fue Jesús-Hombre quien nos mostró la puerta de entrada al reino del amor divino?

He querido insistir en la Esperanza fundamentada en la libertad, en la voluntad, y en la acción, porque fácilmente podemos los seres humanos, lastimados por el dolor que nos obnubila –lo cual es, por supuesto, comprensible–, caer en el riesgo de convertir esta virtud en el pretexto para una espera pasiva, en un abandono, en una renuncia a la libertad, ansiando tan sólo “que llueva de los cielos la solución a mis problemas”.

La sabiduría popular, sin mayores pretensiones, formula esta idea con mucha mayor sencillez y claridad, cuando dice: “A Dios rogando y con el mazo dando”. Porque aceptar la esperanza, es aceptar la acción creativa que conlleva la decisión, y ser capaz de incidir positivamente en la realidad, en lugar de “sentarme en mis laureles” a que “milagrosamente” alguien venga a resolver mis problemas.

Afortunadamente, desde la perspectiva correcta, la Esperanza se fundamenta en la Fe, entendida no como providencialismo, sino como certeza de vida.

¡Qué dolorosa es, en cambio, la desesperanza que sume al ser humano en el desaliento y en la desolación!

Lamentablemente, por momentos la realidad nos refleja un mundo en el que la desesperanza, la depresión, la melancolía y el desánimo se apoderan cada vez más de la humanidad. ¿Será que los seres humanos empezamos a cansarnos de esperar contra toda esperanza? No lo creo. Me parece que somos más los que apostamos por el amor, por la verdad, por la vida... que los que optan por la muerte.

Es necesario dar testimonio de ello. Vivimos un momento histórico difícil, sí, ciertamente. Enfrentamos una decepción constante ante la aparente entronización de los males que aquejan a nuestro siglo, y particularmente, claro está, a nuestro país: violencia, corrupción, vicios, deslealtad, prepotencia, abuso, injusticia, miseria y... la lista es larga y, seguramente,

cada uno de nosotros podría añadir un buen número de calamidades que hemos visto transitar, cada vez más de cerca, por nuestro panorama cotidiano.

Y no es que el hombre de nuestro siglo sea más violento, más corrupto, más vicioso o más abusivo que el hombre de épocas pasadas. De sobra sabemos que no es así, que el hombre es el hombre con toda la carga de su condición humana, sin importar en qué época transite por el planeta. Una vez más viene al caso la sobadísima frase -no por ello menos cierta-, de Hobbes, “el hombre es lobo del hombre”. En cada momento de la historia, y en todas las geografías, la humanidad ha protagonizado sangrientos episodios, inconcebibles desatinos y vergonzosos capítulos que se van engarzando como trofeos de muerte.

Pero el caso es que nosotros estamos aquí y ahora, y es nuestro aquí y nuestro ahora, lo que debemos salvar. Y es entonces cuando convocamos a la Esperanza, con toda la fuerza de nuestra decisión de salir a su encuentro, con todo el compromiso de convertirnos, cada uno, en Esperanza misma, para los demás.

Tal vez no alcancemos a ver el cambio inmediato. Sin duda habrán de pasar muchos años para ver resultados, pero la Esperanza está ahí, para convertirnos en sembradores. La vida es más corta que el tiempo que necesita el cambio. Tal vez tengamos que contentarnos con ser sólo sembradores. Pero alguien, nuestros hijos, los hijos de nuestros hijos... habrán de recoger los frutos sembrados por nuestra Esperanza viva.

Nadie puede hacer el trabajo del otro. Cada uno somos imprescindibles, y no hay sitio para la desesperanza. Deberíamos contentarnos con ser, efectivamente, sembradores de Esperanza. El sembrar tendría que ser, por sí mismo... una razón para seguir adelante.